a morir, pide a sus soldados que lo dejen solo con don Carlos, a quien ruega que busque en su capa una llave y un cofre con documentos y cartas. Le pide que lo queme todo sin enterarse de lo que es, y don Carlos jura que cumplirá este deseo del joven amigo que una vez en otro combate le salvó la vida.

La escena que arriba describimos, la hace más emocionante e intensa el duo entre los dos personajes, cuyas frases son fogosas y llenas del más vivo entusiasmo. El Destino hace que don Alvaro no muera y don Carlos ante este hecho rompe su juramento, con lo cual se entera de que su amigo es don Alvaro, el raptor de su hermana Leonor y el asesino de su padre, a quien hace tiempo buscaba, y a quien había jurado dar muerte. Esto da lugar a un duelo en el cual don Carlos reta a don Alvaro y en el que sale vencedor el último; quien luego de creer a su adversario muerto, se va al convento de Hornachuelos, en donde dispone hacer vida ejemplar. Pero don Carlos no muere y en su afán de venganza, logra encontrar de nuevo a don Alvaro y concertar con éste un nuevo duelo, en el cual muere; mas antes de morir, mata a su hermana Leonor, que en esos momentos aparece vestida con un traje de monje y quien se encontraba en ese solitario lugar, haciendo penitencias.

El dueto de la Berrella es indudablemente uno de los números más atrayentes de la *Forza del Destino;* es para tenor y barítono. Donde quiera que este dueto se escuche, llamará siempre la atención del público por su exquisitez, y por la hábil combinación de las dos voces.

Habanera.--"Carmen."--Bizzet

Por la Srta. María Zarak

Han tenido que transcurrir muchos años, para que a Jorge Bizzet, autor de la preciosa ópera *Carmen* se le haya

© Biblioteca Nacional de España

tana, encarnada en la figura de una mujer, veleidosa, falaz y coqueta, que hace la eterna desgracia de un hombre a quien engaña y aprisiona en las redes de sus encantos personales y de sus atractivos espirituales. *Carmen* siempre será el prototipo de la coquetería, de la infidelidad y liviandad, mientras que don José, representa a ese tipo de hombres, que en un arranque de celos, son capaces de sacrificar la vida de la mujer a quien aman, antes de verla en brazos de otro.

'Infida! Qual voce! Tercetto'.-Il Trovatore-Verdi

Srta. Berta Barañano, Sr. Augusto Arjona y Sr. Aurelio Díaz

No es sino en la escena II del Primer acto de la ópera *El Trovador* de Guissepe Verdi donde se encuentra el terceto *Infida! Qual Voce!* La escena aparece iluminada por una tenue claridad de la luna y en medio de la penumbra que rodea el ambiente se destaca la figura embozada del Conde de Luna, que resuelto a hablar con Leonor, aguarda el momento en que ésta ha de bajar al jardín, a encontrarse con Manrico, el enamorado Trovador. Leonor, que en medio de la soledad de la noche escucha la voz del amado de su alma, acude presurosa al jardín, pero como el Conde de Luna le sale al encuentro, lo confunde con Manrico y lo abraza. Es en ese mismo momento cuando sale Manrico y al ver a Leonor abrazada a otro hombre la tilda de infiel. Leonor reconoce en ese momento la voz del Trovador y cae a sus pies pidiéndole perdón y llamándole: alma mía. Enfu-

© Biblioteca Nacional de España

recido por esto el Conde, invita a su rival a que se descubra, y al hacerlo, reconoce en él a uno de los partidarios de Urgel, sobre quien el tribunal ha dictado una sentencia de muerte. Inflamada su cólera por los celos, intenta matar a Manrico y al desenvainar las espadas los dos hombres se baten desesperadamente, hasta que Leonor, angustiada, se arroja entre los combatientes, expuesta a que uno de los aceros le atraviese el corazón.

Esta escena es la que musicalmente describe el terceto; y que constituye uno de los números más atractivos del primer acto de *El Trovador*, obra que ha dado a Verdi el justo renombre de gran compositor. Así como este número se encuentran muchos de verdadera emotividad en toda la obra. Por eso ella, siempre arrancará en todas partes los aplausos que se merece, por su estilo y por la forma como fue concebida. *El Trovador*, a más de ser una de las más meritorias óperas de Verdi, es considerada como una de las mejores del Teatro Antiguo de Italia. Ella, junto con *Aida* y *Otelo* forma la gran trilogía de obras que han inmortalizado el nombre de su autor.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

VELADA CELEBRADA EL DIA 18 DE NOVIEMBRE

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Glosas Musicales

Por Enrique Ruiz Vernacci

Confieso que con el mayor cariño, con la mayor simpatía, me he hecho cargo de la misión de servir de comentarista, en esta sesión de legítimo arte musical, que a insinuación del señor Secretario de Instrucción Pública, Dr. Octavio Méndez Pereira, el Maestro Galimany dedica a Ludwig van Beethoven. Y a decir verdad no podría imaginarse un marco más propicio para escuchar parte de la obra del insigne sordo de Bon que esta Aula Máxima del Instituto Nacional, altísima tribuna, concreción de los más audaces intentos de renovación intelectual y sentimental, sobretodo en esta su última época, merced a la circunstancia de aunarse diversos admirables esfuerzos, época que yo me permito augurar ha de representar paso muy interesante en la cultura de la juventud que en su maravillosa fuente va bebiendo ideales.

La figura de Ludwig van Beethoven es una figura ejemplar: en alguna ocasión he tenido yo oportunidad de decir que esta figura genial era la síntesis de la desgracia... Me atreveré a agregar que, talvez en esa desgracia, en esa maceración cordial, encontró Beethoven la más íntima raíz de su arte...? Dicho queda.

Beethoven triste, Beethoven niño, espectador de las miserias de su hogar, espectador de las borracheras de su padre, un mediocre tenor de capilla, espectador de los dolores de su madre, a la que adoraba y que muere cuando el corazón del genio comenzaba a vibrar, al mediar su cuarto lustro, Beethoven sentado ante el piano horas enteras desde los cuatro años, o sorprendiendo las armonías del violín, al sorber las amargas lágrimas de la infancia,

© Biblioteca Nacional de España

para dar de comer a su familia, es la imagen de la desgracia, del dolor, del desgarramiento de todas las dulzuras..!

Estuvo a punto de odiar la música: su ánimo rebelde, se oponía a aquello que se le imponía: la protesta era el dolor, era la tragedia; pero aquel su odio al clave, había de ser más tarde su consuelo, su único consuelo, cuando por irrisión macabra de la naturaleza el genio llegara a sordo y hubiera de recurrir a los procedimientos más estrafalarios con el fin de lograr atrapar alguna sensación para su oído casi perdido por completo..!

Imaginad amigos míos esta tragedia: imaginad, dentro de unos minutos, cuando os estéis deleitando con el andante de la Quinta Sinfonía o con el Adagio resuelto en Allegro vivace de la Cuarta, que aquel hombre creador, apenas podía escuchar el metal, que la cuerda, que el dulzor de los violines, que los jugueteos ricos en matices de la madera, se perdían en lo absoluto para él, que los pensaba, que los traducía, pero que no acertaba a concretarlos en las realidades de los sonidos... Comprended la tortura que revelaba aquella cara grande color de ladrillo, que al fin de su vida se tornó en un tono amarillento: aquella frente poderosa y abultada: aquellos cabellos tremendamente negros, muy espesos, en los cuales parecía que no había entrado nunca el peine, erizados por todos lados, "las serpientes de Medusa" como decía uno de sus biógrafos, el inglés Russell: aquellos ojos brillantes como brasas, de una fuerza prodigiosa que dominaba a cuantos le miraban... Acerca del color de los ojos de Beethoven casi todos se engañaron: como irradiaban con fulgor salvaje, en un semblante obscuro y trágico—escribe Romain Roland, el humano que con más cariño ha tratado la figura del divino Beethoven—se les creía generalmente negros, cuando eran de un azul grisáceo: pequeños y muy hundidos, se abrían bruscamente en la pasión o en la cólera y entonces jiraban en sus órbitas, reflejando todos sus pensamientos con verdad maravillosa: aquella nariz chata y ancha, como ho-

© Biblioteca Nacional de España

cico de león: aquella boca delicada con el labio inferior saliente: aquellas mandíbulas temibles que habrían podido cascar nueces :aquel hoyuelo profundo en el mentón, hacia el lado derecho, que daba una extraña disimetría a su rostro..!

Comprended por qué aquel hombre sabía sonreír bondadosamente—qué alma sin mácula era—pero su risa se transformaba en desagradable, violenta, gesticulante, rápida..! La risa del hombre que no está acostumbrado a la alegría..!

Alma sin mácula, alma ingenua era la de Beethoven, por esto fue un excelso amador: no un don Juan—cuán lejos de ello..!—, mucho más sensible a fuerza de ser divino: un castísimo amador: los besos y los espasmos no pasaron de cristalizar en sinfonías: a la castidad de Beethoven, al sentido del amor beethoveniano, debe la humanidad las más elevadas páginas del idioma musical: Ni Elena de Breuning, ni la coquetuela desesperante que talvez los ansiara, Giuletta Guicciardi, ni la soñadora Teresa de Brunswick, supieron de la miel de un beso del genial músico..! Beethoven es la castidad, porque es el amor idealizado: no enlodó nunca sus altísimos deliquios el flamento ingerto en alemán, hijo de un borracho sin escrúpulos y de una criada descendiente directa de un cocinero y viuda en primeras nupcias de un ayuda de cámara..!

Desde Noviembre de 1792, es decir a los veinte años de edad, Beethoven había nacido en 1770, se estableció en Viena, sede musical de la Alemania de entonces. Había hecho ya un viaje corto a aquella ciudad en la primavera de 1787, meses antes de la muerte de su querida madre: en el primer viaje conoció a Mozart, por entonces en la cumbre de su fama: después recibió algunas lecciones de Haydn a quien había conocido en Bonn en 1790 y también estudió contrapunto y fuga con Albrestchtberger, y con

© Biblioteca Nacional de España

Salieri a escribir para las voces. Mozart apenas reparó en el extraño estudiante...

A los veinticinco años el genio se sentía en lo más poderoso de su vigor intelectual: enjuto, derecho, tieso dentro de su alto corbatían, con el mirar retador y violento: sabía lo que valía y confiaba en su fuerza: en 1796 escribía en su cuaderno: "Valor! A pesar de todas las flaquezas del cuerpo, mi genio triunfará... Veinticinco años! Los tengo ya, y es necesario que en este año el hombre se revele todo entero". Se ha acusado a Beethoven de orgulloso, de malhumorado, de misántropo... No lo era. Al contrario era un bondadoso exquisito que se ocultaba bajo un orgulloso encogimiento. Ved lo que escribía a Wegeler: "Cuando veo a un amigo necesitado, si mi bolsillo no me permite acudir inmediatamente en su ayuda, no tengo más que sentarme a la mesa de trabajo y en poco tiempo, lo he sacado del apuro... Ya ves que es encantador."

La sordera de Beethoven debió de comenzar entre 1796 y 1800: sería muy difícil puntualizar exactamente la fecha: el genial músico la ocultó cuanto pudo: él podía preveer lo que representaba para su arte el confesar la terrible enfermedad. Se ha atribuído esta sordera a una afección general hereditaria, talvez a la tisis de su madre. Se le diagnosticó un catarro en las trompas de Eustaquio, hacia 1796, catarro que se transformó en 1799 en una otitis semiaguda, que más tarde se convirtió en otitis catarral crónica, con todas sus consecuencias. Intimamente confesaba a Wegeler en 1801: "Llevo una vida miserable; desde hace dos años eludo toda compañía porque no me es posible conversar con los demás: soy sordo. Si tuviera cualquier otro oficio, esto sería llevadero; pero en el mío mi situación es terrible. Qué dirán mis enemigos cuyo número no es corto..! En el teatro debo colocarme muy cerca de la orquesta para escuchar a los actores. Los sonidos altos de los instrumentos y de las voces no los oigo si me coloco un poco lejos... Cuando se habla suavemente apenas en-

© Biblioteca Nacional de España

tiendo... Y por otra parte cuando se grita ello es para mí intolerable... Frecuentemente maldigo mi existencia. Plutarco me ha llevado a la resignación. Quiero, si esto es posible, desafiar mi destino; pero hay momentos de mi vida en los cuales soy la más miserable de las criaturas... Resignación..! Qué triste refugio, y sin embargo es el único que me queda..!"

La tragedia de Ludwig van Beethoven es, bien pensada, algo macabro, algo excepcional, algo que supera los límites de la sensación humana: oíd como describe Schindler la tragedia de Beethoven dirigiendo el ensayo general del "Fidelio" en 1822: "Pidió Beethoven dirigir el ensayo general... Desde el duo del primer acto se evidenció que no oía nada de lo que pasaba en el escenario. Retardaba considerablemente el movimiento, y en tanto que la orquesta seguía su batuta, los cantantes, por su parte, se adelantaban. Esto originó una confusión general. El director habitual de la orquesta, Umlauf, propuso un momento de descanso sin dar razón alguna, y después de haber cambiado algunas palabras con los cantantes se volvió a comenzar. El mismo desorden se produjo de nuevo y fué necesaria una segunda pausa. La imposibilidad de continuar bajo la dirección de Beethoven era evidente; pero, cómo hacérselo comprender..? Nadie tenía valor para decirle: "Retírate desventurado, porque no puedes dirigir". Beethoven, inquieto, agitado, se volvía a derecha e izquierda, se esforzaba por leer la expresión de los rostros que le rodeaban y por comprender dónde estaba el obstáculo; pero por todos lados era el mismo silencio. De pronto me llamó en una forma imperiosa y, cuando estuve cerca de él, me presentó su cuaderno y me hizo señales de que escribiera. Yo tracé estas palabras: "Os suplico que no continuéis, en la casa os explicaré por qué". De un brinco saltó al patio, gritándome: "Salgamos!" Corrió sin parar hasta la casa: entró y se dejó caer inerte en un sofá, cubriéndose el rostro con las dos manos; y así permaneció hasta la hora de comer. En la

© Biblioteca Nacional de España

mesa no fue posible hacerle pronunciar palabra: conservaba la expresión del abatimiento y del pesar más profundos; y cuando al terminar la comida quise retirarme, me retuvo expresando el deseo de no quedar solo. En el momento de separarnos me rogó que lo acompañase a la casa de su médico, que tenía una gran reputación para enfermedades del oído. En todo el demás tiempo de mis relaciones con Beethoven no encuentro un día que pueda ser comparado con éste fatal de Noviembre... Había sido herido en pleno corazón, y hasta el día de su muerte vivió con la impresión de esta escena terrible."

Un viajero inglés, Russel, que le vió sentado al piano en 1825, dice que cuando quería tocar suavemente las teclas no resonaban, y que era conmovedor observar en este silencio la emoción que lo animaba, en su semblante y en sus dedos crispados.

Y este hombre, este espíritu genial, este sublime triste, fué el más alto cantor de la Alegría..! Su famosa novena sinfonía guarda en su último tiempo la Oda a la Alegría..! Es la explosión más grande de sentimiento humano, es el tránsito de lo humano a lo divino..!

En el instante que el tema de la Alegría va a aparecer —explica maravillosamente Romain Roland—la orquesta se detiene bruscamente, se hace un súbito silencio, que da a la entrada del canto un carácter misterioso y divino. Y esto es verdadero: el tema es propiamente un dios. La alegría desciende del cielo, envuelta en una calma sobrenatural: con su hálito leve acaricia los sufrimientos y la primera impresión que causa en tan tierna, cuando se desliza en el corazón convalesciente, que puede decirse con el amigo de Beethoven que "dan ganas de llorar al ver sus ojos dulces" Cuando enseguida pasa el tema a las voces, es en las más bajas de las que [illegible] un caracter sério y

poco a poco la alegría se apodera un poco deprimido: per
a, una guerra contra el dolor. Y h del ser. Es una conquist
archa, los ejércitos en movimient aquí los ritmos de la m

© Biblioteca Nacional de España

el canto ardiente y anhelante del tenor, todas estas páginas estremecedoras en las cuales se cree percibir el aliento mismo de Beethoven, el ritmo de su respiración y de sus clamores inspirados, cuando recorría los campos componiendo su obra, transportado por un furor demoníaco, como un viejo rey Lear enmedio de la tempestad. A la alegría guerrera sucede el éxtasis religioso, y luego una orgía sagrada, un delirio de amor. Toda una humanidad palpitante que tiende los brazos al cielo, levanta clamores poderosos, se lanza hacia la alegría y la estrecha sobre su corazón.

El cantor de la alegría era un sordo: su corazón sabía de todos los sufrimientos: este sordo fué un vencedor de su dolor, un vencedor de su propio destino. Esta alegría duró ya toda la existencia de Beethoven: cuatro meses antes de su muerte, el último trozo que terminó, en Noviembre de 1826, el nuevo final para el cuarteto ópera 130, es alegre, y en verdad esta alegría no es la de todo el mundo. Ora es la risa áspera y entrecortada de que habla Moscheles, ora la sonrisa conmovedora hecha con tantos vencidos sufrimientos. No importa; es un vencedor: no cree en la muerte.

Y la intrusa se acercaba al Genio: a final de Noviembre de 1826 Beethoven cogió un resfriado pleurético y cayó enfermo en Viena: sus amigos estaban lejos, rogando él a su sobrino que llamara a su médico: el miserable olvidó la comisión y apenas se acordó de ella dos días después. El médico llegó tarde y atendió mal a Beethoven: sin embargo su constitución atlética luchó contra el mal; y el tres de Enero de 1827 instituyó a su amado sobrino heredero universal. La miseria hubiera ensombrecido los postreros días del genio sin la generosidad de sus amigos ingleses. Era muy dulce y muy paciente. Agonizando ya, el 17 de Febrero, después de soportar tres operaciones y esperando la cuarta, escribía serenamente. "Tengo paciencia y pienso que todo mal trae consigo algún bien."

El bien fué la liberación, el fin de la comedia, como

© Biblioteca Nacional de España

dijo al morir. Para los que en Beethoven creemos, la sublime tragedia de su vida.

Murió Ludwig van Beethoven durante una tempestad, una tempestad de nieve, fulgurando los relámpagos. Una mano extraña cerró sus ojos el 26 de Marzo de 1827. En el lecho le devoraban las chinches...

Lo primero que ha de ejecutar la orquesta como banda que dirige el Maestro Galimany es la Overtura *Leonora* de la famosa y única ópera beethoveniana *Fidelio*. Acerca del extreno de *Fidelio* he intentado recordar la tristísima escena: la overtura, brillantísima, emocionante, parece estar dedicada a Eleonora Breuning, su primer amor, la gentil Lorchen, casada más tarde con el mejor amigo del genial artista: el Dr. Wegeler. O, talvez ligó a ella el nombre de la primera ópera de ese título que se extrenó con libreto de Bouilly y música de Gaveaux. La overtura la intentó Beethoven tres veces: la que ha quedado como clásica para la música de concierto es la segunda. Por cierto que en el *Fidelio* se ejecuta esta overtura al comenzar el segundo acto pues Beethoven hizo una overtura especial para el primero al dar el retoque final a la obra.

La originalidad de esta overtura, su riqueza temática, su fluidez, como perteneciente a la época de mayor labor del cerebro beethoveniano son asombrosas: escuchadla.

El Doctor Octavio Méndez Pereira consagra lo más intenso de su devoción beethoveniana a la sonata cuasi fantasía del inmenso sordo, que lleva por mote *Claro de Luna*. Esta sonata la dedicó Beethoven a Giuletta Guicciardi, la coquetuela que le enredó en la luz de sus ojos verdes. Pertenece la sonata cuasi fantasía a la primera época beethoveniana: está escrita allá por los años de 1802. Es la primera obra revolucionaria del genio: parte del adagio para comenzar el allegretto y volver a recoger el tema en el allegro vivace, del último tiempo. La sonata está escrita para

© Biblioteca Nacional de España